

NOVELA

LA MUJER DE MI ENTIERRO

JOSÉ MEMUN



TEXTOFILIA
f
t

COLECCIÓN
CAMALEÓN

LA MUJER DE MI ENTIERRO

Colección Camaleón

La mujer de mi entierro

Colección Camaleón

Serie Narrativa

D.R. © José Memun, 2021.

D.R. © Diseño de interiores y portada: Textofilia S.C., 2021.

D.R. © Diseño de forros: Manuel Sosa, 2021.

TEXTOFILIA

Limas No. 8, int. 301,

Col. Tlacoquemecatl Del Valle,

Del. Benito Juárez, Ciudad de México.

C.P. 03200

Tel. (52 55) 55 75 89 64

editorial@textofilia.mx

www.textofilia.mx

Primera edición.

ISBN: 978-607-8713-55-4

ISBN digital: 978-607-8713-88-2

Diagramación digital: ebooks Patagonia

www.ebookspatagonia.com

info@ebookspatagonia.com

Queda rigurosamente prohibido, bajo las sanciones establecidas por la ley, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento sin la autorización por escrito de los editores.

[LA MUJER DE MI ENTIERRO]

JOSÉ MEMUN

A ti, que siempre me colocas en el lugar
que debo estar. Siempre a tu lado.
Por tu paciencia en mis horas difíciles.

A ti que te fuiste mucho antes de tiempo.
Y a esa misteriosa mujer.

I

Presión y peso. El sonido de la pala encajándose en la tierra transgrede el momento, me perturba. El suelo tiembla bajo las gotas de agua. Resbalan suavemente y al caer, hacen más pesada la tierra que pronto me cubrirá por completo. El rechinado de la pala mecánica y el golpe contra la piedra parecen estremecer cada una de las almas amontonadas alrededor de mi tumba.

El viento amenaza con arrebatar las mascaradas a las mujeres que se aferran con fuerza a sus sombrillas. Las corbatas de los hombres ondean sobre sus hombros; los pocos niños se prenden a las piernas de sus padres y todos entrecierran los ojos para evitar, en lo posible, que la tierra se meta en sus ojos. Esa tierra lo impregna todo y se mete como polvillo en una casa descuidada. El sentimiento de finitud se adivina en los ojos de los asistentes, anquilosados por el mismo peso de ese momento que ya los ha tocado y de cuyos vestigios no se desharán jamás. La tierra consume un poco de ellos también.

Estar en medio de la multitud es agotador. Unos sufren, otros sólo piensan en la hora de volver a casa y ver el partido en la televisión. Hay, sin embargo, alguien quien espera medio escondida tras un árbol lejano, vestida de rojo.

Nadie parece reparar en ella, aunque se ve nítida, como magnificada por el viento o por el vaho del calor sobre el asfalto. Algunos, muy pocos, se lo preguntan: “¿no es esa Alina?”. Y, “qué descarada”. Un tercero desea con morbo que la mujer se acerque, se forme un lío y los saque a todos del sopor en que la muerte los somete.

Me acerco y la veo en todo su esplendor, observo con

detenimiento las arrugas de su expresión, las recorro cada una con mi vista. Al deslizarme por su cuerpo, siento el paso del tiempo. Y sí, es Alina, en efecto. Escondida tras un árbol, como sin derecho a estar aquí.

Me detengo en sus ojos, pareciera verme fijamente. Los encuentro casi tan rojos como su vestido. De cerca me resulta negro como el abismo, el cual adivino en su mente.

—¿Por qué lloras? —susurro junto a su oído, y mi voz se abre paso entre el viento, que levanta su cabello.

—¿Por qué estoy en tu entierro?

Pero en realidad no me habla. No a mí. Habla con el viento que sacude, golpea y araña, pero nada puede hacerla verme. Me aferro a su mano, me enredo en su cintura dispuesto a quedarme con ella, pero el sonido de las palas me llama, esa tierra pronto me tragará.

*

Creemos que todo lo vivido, gozado o sufrido, se desvanece; que la mayoría de las situaciones por más buenas o importantes se olvidan. El tiempo las borra, como si las horas fueran poderosos torrentes de mar chocando con la superficie, desgastando las rocas.

Ahora lo confirmo: ninguna situación puede ser borrada. Se esconde tras un escudo que nos protege de tantos recuerdos, nos dañan o nos llenan de un gozo enfermizo. En vida, estas barreras tapan nuestra vista, nos permiten sólo mirar al frente. Lo percibo como una gran muralla labrada de recuerdos y sensaciones, llena de todo aquello que no vi y no escuché. De mis actos vergonzosos, los cuales pretendí olvidar; de todas las palabras que dije o las otras pronunciadas a mi nombre.

Alina, ¿me escuchas? Dime, ¿de qué hablan?, ¿de mí?, ¿de nosotros? Sé que me escuchas, mi partida te causa

dolor. Logro que tu pelo reaccione a mis llamados, se mueve.

Hablas sola -siempre lo has hecho-. Hablabas conmigo, ¿te das cuenta? Siento tu llanto, tu desidia y tu culpa ¿Me sientes también? No cierres los ojos, por más que duela, no me dejes ciego. Sólo tu humanidad me sostiene, vibro, me desplazo y lo percibo todo.

Aspiras hondo y acaparas todo el aire del lugar. Más allá, la gente se agarra el cuello en señal de asfixia; lo notas y en un acto magnánimo, sueltas un poco, lo suficiente para que terminen con vida este funeral.